

EL REGALO DE LOS TRES HERMANOS

Por Hazel Howard Peters

Los tres hermanos -de siete, doce y trece años-se emocionaron al leer la carta que cada uno de ellos había recibido del presidente de la misión. "Su muy amable donativo obtenido de la venta de los perritos, fue recibido por nuestra misión para la escuela -leyeron ellos- Me sentí muy emocionado por su bondad y su espíritu abnegado. Me imagino que hay muchas cosas que Uds. podrían haber comprado con ese dinero..."

El verano anterior los muchachos habían ido con sus padres misioneros desde su hogar en Singapur para visitar la Misión de Sabah. Habían tenido la oportunidad de ver un verdadero campo misionero, primitivo y lleno de selva: el norte de Borneo, la tierra de los antiguos cazadores de cabezas.

Al llegar de vuelta a Singapur, los tres muchachos se sintieron muy excitados al saber que Ginger, su perra alemana de pura raza, les había dado tres hermosos cachorritos. Rápidamente decidieron vender uno de los cachorritos y dedicar el dinero para las misiones. Planearon guardar el dinero de la venta de los otros dos para usarlo para sí mismos.

Los cachorros crecieron y estaban listos para ser vendidos, pero nadie respondía al aviso que habían puesto en el diario. ¡Qué extraño! ¡La última vez que Ginger había tenido perritos, no había suficientes para todos los que querían uno! ¡Dos semanas, y ni un perrito vendido!

Una mañana la familia leyó en el culto una historia acerca de la Misión de Sabah. Los tres hermanos recordaban bien su visita a algunas de las escuelas de esa misión, de manera que escucharon la historia con mucho interés. Recordaban un lugar donde habían visto por sí mismos cómo la lluvia se colaba adentro, y los perros entraban y salían por los agujeros de las paredes. También se acordaban de que un maestro había tenido que cubrir su cama con un gran pedazo de plástico y colocar sus ropas y los libros debajo de la cama, para tratar de salvar algo de la lluvia. Muchos de los niños eran muy pobres. Apenas tenían ropas, y a menudo no tenían suficiente de comer, pero sabían sonreír y cantar con todo entusiasmo los cantos de la escuela sabática hasta que éstos llenaban el aire. Los muchachos recordaban haber visto bancos muy toscos en las escuelas, y a veces sólo un palo para sentarse. Pero los alumnos estaban ansiosos de aprender. Los muchachos se hicieron un cuadro de todo lo que habían visto durante su viaje a la Misión de Sabah y pensaron: "Quizá hemos sido egoístas al dar solamente un cachorrito y al querer guardar el producto de la venta de los otros dos para nosotros" .

¡Con la imaginación, cada uno de ellos había gastado ya con creces su dinero, planeando todas las cosas que querían, desde un cuerno para hacer música, hasta unas botas de vaquero! En un sentido era una decisión muy difícil de hacer, pero ellos se arrodillaron y cada uno de los hermanos hizo una corta oración que decía más o menos así: "Querido Jesús, si nos mandas compradores para los cachorros, daremos todo el dinero para las misiones. Amén".

Casi inmediatamente un chino llamó por teléfono para preguntar acerca del aviso. Luego vino y compró uno de los cachorros. Entonces otras dos personas vinieron y compraron los otros dos. Otros llamaron, pero los cachorros se habían ido. Los muchachos, felices de que Jesús había contestado sus oraciones tan rápidamente, tomaron muy orgullosos el dinero procedente de la venta de los cachorros y lo entregaron al tesorero.

Y Jesús no solamente bendijo el dinero de los cachorros de estos muchachos para que sirviera de ayuda a los niños y las niñas pobres que tanto lo necesitaban, sino que también se acordó de ellos. Cuando llegó la Navidad, parientes y amigos los sorprendieron con regalos y dinero cuyo valor sobrepasó la cantidad por la cual habían vendido los cachorros.